

fuerza, formada en tiradores, que empezó á disparar certeras descargas sobre la batería que se hallaba defendida por artilleros y algunos coraceros desmontados. Velasco, jefe de los coraceros, fué una de las víctimas, entre otras muchas que allí perecieron. La caballería mejicana al notar que la cabeza de la columna del general Worth se encontraba ya muy cerca del camino, se retiró velozmente por el camino de Jalapa, antes de verse cortada, y Santa-Anna que, acompañado de algunos ayudantes, se dirigia por el camino, á la izquierda de la batería, se vió recibido por una descarga que le obligó á retroceder. La confusion era grande en aquellos momentos en el ejército mejicano. Perdidas todas las fortificaciones, desalojado de las posiciones que hasta entonecs habia defendido, y flanqueado el cuartel general, se introdujo el desórden, y nadie pensó ya mas que en salvarse. El general D. Rómulo Diaz de la Vega, que tan valientemente combatió en la Resaca contra Taylor, quedó batiéndose hasta el último instante, resuelto á morir antes que abandonar su puesto. Los norte-americanos, respetando su valor, le cercaron por todas partes, obligándole al fin á rendirse. Hablando de este pundonoroso general mejicano, decia un periódico norte-americano estas palabras, al dar noticia de la batalla de Cerro-Gordo. «El general Vega, que está en nuestro poder prisionero, se condujo con su acostumbrado denuedo, no se desconcertó.»

La retirada de las tropas mejicanas fué desastrosa: los norte-americanos, acosándoles en su marcha, descargaban sobre ellas sus fusiles y sus cañones. Nada se pudo salvar: cuarenta y tres piezas de artillería cayeron en poder

de los invasores; el coche mismo del general Santa-Anna, que iba detrás de él, se vió acribillado á balazos, y no pudiendo seguir su camino por haber caido muertas las mulas, quedó en poder de los invasores, encontrándose dentro de él, entre otros objetos pertenecientes al expresado general, la pierna artificial que se ponía cuando montaba á caballo. Tambien cayó en poder de los invasores un carro con diez y ocho mil duros que se habian recibido el dia anterior para pagar á las tropas. Santa-Anna triste y abatido por aquel revés, despues de haber ordenado á los generales Ampudia y Rangel, así como al coronel Ramiro que reuniesen todos los dispersos, tomó el camino del Encero, seguido de una ligera escolta de caballería, y acompañado de los generales Perez, Romero y Argüelles, de los jefes y oficiales Escobar, Galindo, Vega, Schiafino, Rosas, Quintana y Arriaga, y de los señores Urquidi, Trias, Armendaris, y un sobrino del mismo Santa-Anna.

1847. Las pérdidas de los mejicanos fueron considerables, y no dejaron de ser muchas las que sufrieron los norte-americanos, pues ascendieron las de estos á cerca de mil hombres, aunque Scott en su parte puso que fueron quinientas las bajas que tuvo. En algunos puntos la defensa de los mejicanos fué vigorosa, como lo confesó el mismo general invasor. «La brigada de Pillou que cayó sobre el ala derecha de los mejicanos,» dice el historiador norte-americano Greeley, «fué rechazada,» y el periódico de los Estados-Unidos de que he hecho mencion, decia: «que en el costado que da al rio, en donde la division del general Twiggs dió la carga, hubo muchos heridos de los

»nuestros y del enemigo, porque éste hizo una resistencia »desesperada.» Entre los muertos y heridos que tuvo la oficialidad norte-americana, se encontraban el capitán de rifles Mason, gravemente herido del pecho; el teniente Ewell del 7.º de infantería; el capitán Patten del 2.º; el capitán Javas; el general Skiels, muerto; el general Pillou, herido; el mayor Sumner y otros. La fuerza que presentaron los mejicanos en esta batalla, ascendía á diez mil hombres: casi de igual número se componía el ejército de Scott. Sin embargo, la ventaja se encontraba del lado de éste. La tropa mejicana que habia entrado en acción era casi toda recién organizada; el resto se componía del ejército de la Angostura que no habia descansado un solo instante desde que empezó la campaña; que habia llegado al campo de batalla enferma y rendida casi cuando se disponía la acción, y que habia perdido la fé respecto de la capacidad del general en jefe, por mucho que reconociese su valor y su patriotismo. Los norte-americanos, por el contrario, acababan de desembarcar; marchaban con todos los recursos necesarios; sabían que los soldados contra quienes tenían que combatir, llegaban estropeados después de haber atravesado el desierto desde la Angostura hasta San Luis Potosí, y de haber andado otras doscientas leguas más desde esta ciudad á Cerro-Gordo sin haber tomado descanso; tenían confianza en la pericia de sus generales; estaban persuadidos de que su armamento era superior á sus contrarios, y todo esto les daba una fuerza moral extraordinaria.

La prudencia parecia que aconsejaba, con semejantes condiciones, no dar aquella batalla campal de parte de los

mejicanos, y solo el noble afán por contener la marcha de los invasores, puede disculpar á Santa-Anna la creencia de alcanzar buen éxito de un combate tan desigual por las razones expuestas. En esta batalla, lo mismo que en las anteriores, hubo falta de pericia en el general en jefe y defectos importantes en la combinación de la defensa. Por otra parte, como habia manifestado el entendido coronel de ingenieros D. Manuel Robles, el punto, aunque presentaba ventajas para molestar al invasor en su paso para la capital, no era el más á propósito para presentarle una batalla, pues para eso guardaba mejores condiciones el sitio llamado Corral-Falso, y en consecuencia, se aumentaron las dificultades para alcanzar una victoria.

Hago estas observaciones, porque la justicia y la imparcialidad exigen del historiador presentar las causas que influyeron poderosamente en todo acontecimiento notable.

1847. El general D. Valentín Canalizo que ignoraba lo que habia sido del general Santa-Anna, al llegar con la caballería á la Banderilla, puso un parte al gobierno, á las siete de la noche del mismo día 18, comunicándole la desgracia sufrida. Entre tanto Santa-Anna que se habia dirigido al Encero, se vió precisado á cambiar de rumbo á causa de haber llegado al mismo sitio una fuerza de caballería invasora que, con dos cañoncitos de montaña, habia salido en persecución de la mejicana por el camino de Jalapa. Santa-Anna, con los que le acompañaban, se dirigió entonces á la hacienda de Tuzamápan, á donde llegó á las cinco de la tarde. Allí pensó pasar la noche; pero avisado á las once de ella, por el

administrador de la hacienda, de que una partida de norte-americanos, destacada en su persecucion, debia presentarse muy pronto, montó á caballo, marchando en seguida con direccion á Orizaba. Despues de haber caminado largo tiempo, sin ver casi los objetos ni el rumbo que llevaba, pues la noche era sumamente oscura, se detuvo en un *trapiche* (ingenio) hasta la llegada del nuevo dia, con cuya primera luz continuó su marcha hasta el rancho del Volador, donde descansó con los que le acompañaban. Santa-Anna que hasta entonces habia caminado silencioso y triste, manifestó su resolucion de seguir haciendo una guerra sin tregua á los invasores, adoptando el sistema de guerrillas. Despues de haber tomado algun alimento y de reposar unas cuantas horas, se puso de nuevo en marcha, y al ocultarse el sol llegó á una rancharía que se encuentra situada á la derecha del camino de aquella serranía. Allí pasó la noche, y á las diez de la mañana del siguiente dia llegó á Huatusco, pintoresco pueblo, de alguna importancia, donde fué recibido con los mayores miramientos. Esto ensanchó el corazon del afligido general que habia temido atraerse con la derrota que habia sufrido, la indignacion de los pueblos, y desde allí envió al gobierno un parte bastante vago, de lo acontecido en Cerro-Gordo.

Al amanecer del siguiente dia, se puso, con su comitiva, en camino hácia Orizaba. Habiendo llegado ya avanzada la tarde cerca de las puertas de esta ciudad, esperó á que oscureciese para entrar en ella. Al tener noticia de ello, marcharon á recibirle D. José Joaquin Pesado, el general D. Manuel Tornel, los Sres. Leon y García Te-

rán, tambien generales, y otras muchas personas de la escogida sociedad de Orizaba. Santa-Anna, agradecido, bajó de una litera que le habian proporcionado en la rancharía del Volador, y montó en una carroza que llevaron ex-profeso para él los individuos que salieron á recibirle. Poco despues de oscurecer penetró en las calles de la ciudad llenas de un gentío inmenso que se habia reunido para verle. Santa-Anna se alojó en la casa del Sr. Tornel, y á ella fué á cumplimentarle la oficialidad de las tropas que habia levantado el Estado de Oajaca y que mandaba el general Leon. Animado con aquella favorable acogida, resolvió permanecer en la ciudad, reunir en ella todos los dispersos de Cerro-Gordo, y organizar con las fuerzas que se hallaban en la plaza, un nuevo ejército.

La noticia del descalabro sufrido la recibió el gobierno el dia 20 de Abril. En ese mismo se presentó al congreso á dar cuenta de lo ocurrido; y éste facultó al primero para dictar las providencias necesarias, á fin de llevar adelante la guerra. En el artículo segundo se decia que, el ejecutivo no estaba autorizado para hacer la paz con los Estados-Unidos, concluir negociaciones con las potencias extranjeras, ni enagenar parte ninguna del territorio mejicano. Por el artículo quinto se declaraba traidor á todo individuo que, bien como particular, como funcionario público, ya privadamente, ó con la investidura de cualquiera autoridad incompetente ó de origen revolucionario, entrase en tratados con el gobierno de Washington. Esto manifiesta que los reveses, en vez de desmayar el espíritu patrio de los mejicanos, lo vivificaba mas y mas. Al di-

vulgarse en la capital el revés sufrido por Santa-Anna, los enemigos de éste levantaron el grito contra él, y los partidarios porque se celebrase la paz á toda costa, volvieron á manifestar sin embozo sus opiniones. Pero la mayoría de los mejicanos estaba por la guerra, y el número de voluntarios para la guardia nacional se aumentó considerablemente, preparándose á la lucha. El pueblo, exaltado, y atribuyendo aquel descalabro á ciertas personas que estaban por la paz, acertó á ver el coche de una de ellas, y agolpándose al carruaje que marchaba á toda prisa, gritaba enfurecido: «¡Muera Rejon, que nos vende á los yankees!... ¡El es!... ¡aquí va!...» Con efecto era el diputado Rejon que iba á perecer á manos del populacho. Por fortuna, dos jóvenes de la guardia nacional lograron contener la alarma, y le salvaron la vida conduciéndole á su cuartel, que era el de Hidalgo.

No estaba menos disgustado el pueblo con algunos oficiales de los hechos prisioneros en Cerro-Gordo, cuya conducta desdeñaba de la observada por la generalidad. Aquellos oficiales habian prestado juramento de no volver á tomar las armas contra los Estados-Unidos, juramento que habia exigido Scott de los que quisieran quedar libres. «Acaba de llamarnos el general Scott,» decia el puntonoso oficial D. Gregorio del Castillo, en carta escrita al siguiente dia de la batalla en Plan del Rio, «y nos ha propuesto la libertad, con tal que juremos, bajo nuestra palabra de honor, no volver á tomar las armas en contra de los Estados-Unidos; algunos han aceptado, y marchan hoy para Jalapa. Yo lo que he jurado y juraré, es derramar hasta la última gota de mi sangre en defensa de mi patria.»

Después de la batalla de Cerro-Gordo, volvió el ministro inglés á ofrecer su mediación al gobierno mejicano para un arreglo de paz conveniente á Méjico y á los Estados-Unidos. El congreso se ocupó de nuevo de aquel asunto importante; pero las exigencias del gobierno de Washington eran altamente exageradas, y se desecharon por inadmisibles, no pensando ya mas que en la guerra y en la manera de llevarla con buen éxito.

Mientras Santa-Anna se ocupaba en Orizaba de organizar un nuevo ejército, los norte-americanos ocuparon la fortaleza de Perote que habia quedado abandonada, y extendian su fuerza por otros puntos importantes. El general Scott estaba bien ageno de pensar que Santa-Anna, á quien juzgaba destruido para siempre, trabajaba con la actividad que le distinguia en formar numerosos batallones con que disputarle el paso á la capital. Y con efecto, era así. Los dispersos de Cerro-Gordo, al saber que el general en jefe se encontraba en Orizaba, se dirigieron á aquella ciudad, y con ellos y con los restos de la infantería, formó dos batallones de quinientas plazas cada uno, denominados 4.º ligero y mixto de Santa-Anna. A esta fuerza se agregó la brigada de Oajaca que tenia mil hombres, y que estaba á las órdenes del general Leon. Pocos dias después, merced á sus esfuerzos, el número total de soldados que habia en la plaza, ascendia á cuatro mil hombres. Santa-Anna ordenó entonces al general Canalizo que se habia retirado á Puebla, para que con su caballería saliese de esta ciudad y se situase en San Andrés Chalchicomula. Al saber Scott la formacion de aquel nuevo ejército por quien creia aniquilado, se sorprendió so-

bre manera, y debió convencerse de que, si la fortuna, por las causas poderosas que he presentado al lector, habia abandonado en las batallas á los mejicanos, el espíritu de patriotismo, la constancia y el amor á la independenciam jamás podrian ser sofocados. Orizaba, por su situacion, era un punto verdaderamente estratégico. Dispuesta allí la infantería y en San Andrés Chalchicomula la caballería, cualquier movimiento que hicieran los invasores de las posiciones que ocupaban, las fuerzas mejicanas flanqueaban la carretera principal. El general Scott, bien porque la nueva actitud hostil que veia le hiciese comprender que era imprudente avanzar mas por entonces, ó ya porque esperase instrucciones de su gobierno, permaneció veinte dias, sin emprender expedicion ninguna de importancia. Situadas sus fuerzas en Jalapa, Perote y Tepeyahualco, donde formó un campo atrincherado, el ejército norte-americano reducía sus operaciones militares, á evitar que sus caballos, sus correos y los convoyes que le iban de Veracruz, cayesen en poder de los guerrilleros que por todas partes aparecian.

1847. Don Juan Clímaco Rebolledo, el padre Jaurata, español y antiguo guerrillero carlista en 1837, hasta la paz hecha en Vergara, Don Juan Aburto, Don Francisco Mendoza Martinez, español tambien, Don Vicente Salcedo y otros muchos jefes de guerrilla, acosaban sin cesar á las partidas y avanzadas norte-americanas. Los invasores recibian notables daños de esta clase de guerra, y trataban despiadadamente al guerrillero que caia en poder de ellos. El 27 de Abril, el gobernador militar de Jalapa, coronel Don Tomás Childs,

para evitar que se aumentase el número de las guerrillas, publicó un bando, ordenando que los vecinos entregasen todas las armas; y el 29 daba otra orden el general Scott en que decia: «El general en jefe de los ejércitos de los Estados-Unidos, bien satisfecho que el ejercicio simple de la autoridad con que se hallan investidos los alcaldes, por el camino nacional y demás públicos del país, no pueden dejar de descubrir y castigar en todo caso los asesinos y ladrones que frecuentan dichos caminos, hará responsable en lo sucesivo, al alcalde mas cercano del punto donde se cometa el robo ó asesinato, por falta de aprehension y castigo de los criminales. En el caso de que los alcaldes descuiden en entregar los de tales atrocidades cometidas sobre soldados y ciudadanos norte-americanos, se exigirá una multa de trescientos duros el minimum, y la propiedad particular de dicho alcalde, por cada asesinato, ó el valor de la propiedad quitada en cada robo.»

Bien se desprende de esta orden que no se trataba sino de tener á raya á los guerrilleros. ¿Podria ningun ladron salir al camino á robar á soldados que nada llevaban? De ninguna manera: los norte-americanos se veian acometidos por los guerrilleros, y el general Scott trataba de estirparlos.

1847. Aunque Santa-Anna se ocupaba, con el empeño que dejo manifestado, en reunir los elementos posibles para continuar la guerra, los que le creian incapaz de sostenerla con buen éxito, y anhelaban ver en el poder y al frente del ejército hombres en quienes juzgaban que residian las cualidades que negaban á Santa-Anna, trabajaban sin descanso por un cambio de gobierno. En-

tre los que la opinion pública señalaba como jefe del descontento, se hallaba el general D. Gabriel Valencia. El presidente interino D. Pedro María Anaya, para atraerle á la parte del gobierno, le dió el mando de las fuerzas de San Luis Potosí, para donde salió deseoso de combatir contra los invasores. Entre tanto Santa-Anna, deseando presentar obstáculos poderosos al avance de Scott, y calculando que la ciudad de Puebla le presentaria mas recursos para levantar un ejército que Orizaba, dió orden á sus tropas para que marchasen á aquella. Dada la orden de marcha el 8 de Mayo, se puso en marcha en el mismo dia la brigada del general Leon, el 9 la del general Perez, y el 10 la caballería de San Andrés Chalchicomula, mandada por el general D. Lino Alcorta. Cuatro dias despues, esto es, el 12 de Mayo, la division entraba en Puebla mandada por el general Santa-Anna.

Los norte-americanos, al saber la marcha á Puebla de los mejicanos, hicieron su movimiento con igual direccion, marchando en brigadas, segun estaban estas escalonadas.

Casi á la vez que entraba Santa-Anna en Puebla, se supo en la ciudad que las tropas invasoras marchaban sobre la plaza. Santa-Anna, deseando poner á sus soldados en estado de entrar en campaña, exigió que le entregasen caballos para cambiar los flacos y estropeados que tenian sus soldados de caballería, é impuso un préstamo de treinta mil duros. Lo primero lo consiguió prontamente; pero con respecto al préstamo, solo pudo conseguir diez mil duros, por el estado de abatimiento en que se encontraba el comercio y el recargo de contribuciones que pesaba

sobre la propiedad. Sin pérdida de tiempo Santa-Anna que deseaba oponer una resistencia en Puebla á los invasores, convocó una junta; pero el gobernador de aquella ciudad, que era entonces el abogado D. Rafael Inzunza, manifestó que la plaza carecia de los elementos de guerra indispensables para sostener un sitio, y en vista de ello, se desistió de resistir en Puebla á los norte-americanos. En la noche del mismo dia en que llegó Santa-Anna á Puebla, se recibió por las autoridades de la ciudad una comunicacion del general norte-americano Worth, fechada en Nopalucan, poblacion que está á catorce leguas de Puebla. En ella le decia al gobierno y municipalidad de Puebla, que ponía en conocimiento de ellas que «obedeciendo las órdenes de su superior, el mayor general en jefe de los ejércitos de la Union, en la mañana del 15, con la fuerza de su mando, tomaria posesion militarmente de la ciudad de Puebla: que si esta no hacia resistencia, deseaba antes de hallarse á sus inmediaciones, conferenciar con los funcionarios civiles, con objeto de concertar con ellos, y tomar las medidas convenientes y mejores para la seguridad de las personas é intereses, así como las propiedades de los vecinos.» Worth, terminaba su comunicacion, diciendo que «la santa religion que profesaban los habitantes, así como todas sus formas y observancias, serian respetadas, y sostendrian las autoridades civiles para el mantenimiento de la administracion de las leyes.» Por esta comunicacion y otras, así como por todas las proclamas dadas al pueblo mejicano por los generales de los Estados-Unidos, se ve el empeño que tenian en tranquilizar las conciencias con

respecto al catolicismo. Sabian que la idea religiosa podia dar la union á Méjico haciéndola fuerte con aquel sagrado lazo, y trataban de manifestar que en ese punto ninguno seria mas celoso que ellos en respetar el catolicismo. Santa-Anna, al ver la comunicacion anterior, ordenó que no se contestase, puesto que á él, como general en jefe, debia haber sido dirigida. Worth, extrañando el silencio guardado por las autoridades de Puebla, les envió otra comunicacion con fecha 14, desde Amozoc, distante cuatro leguas de Puebla. «Las ocurrencias de este día,» les decia en ella, «conducen á la conclusion de la comunicacion que tuve el honor de dirigir el día 12 del corriente, la que juzgo no habrá llegado á sus manos por haber sido interceptada, pues de otro modo la política exigia una contestacion. Fiel á los sentimientos de consideracion y respeto que dictaron la carta á que me refiero, he remitido una copia, agregando que esperaré la contestacion en este lugar ó mas cerca, hasta las doce de la noche.»

Con la misma fecha, y á fin de tranquilizar las conciencias de los habitantes de Puebla, escribió una carta al obispo de la expresada ciudad, manifestando su respeto á la religion católica, y protestando que la haria respetar debidamente.

1847. Santa-Anna que tuvo aviso de que una de las brigadas norte-americanas, compuesta de mil hombres, permanecia en el mayor descuido y confianza, concibió la lisonjera esperanza de sorprenderla y destruirla. Inmediatamente dispuso su tropa, y salió de Puebla el día 15, con todas las precauciones convenientes para dar un gol-

pe; pero al acercarse á Amozoc y encontrar parapetados y prevenidos á los invasores, conoció que los informes no fueron exactos, y volvió á Puebla sin haber podido realizar su esperanza.

No estando la ciudad dispuesta á defenderse, Santa-Anna se dirigió hácia la capital de Méjico tanto para reunir recursos y gente con que poder hacer frente á los invasores, cuanto para contener á los revolucionarios que sabia conspiraban para derrocarlo. Una de las cosas que le habian molestado al general Santa-Anna y que influyó en que se dirigiese á la capital, fué el nombramiento del general Valencia para el mando de las fuerzas de San Luis Potosí: temia la influencia de aquel hombre en el ejército, y reprobó interiormente este nombramiento hecho por el presidente interino Anaya.

Al quedar Puebla sin defensores, las autoridades procuraron atender á la seguridad de la poblacion. Al efecto, el ayuntamiento nombró una comision de su seno, que se dirigió el 15 de Mayo á Chachapa, para hablar con el general norte-americano Worth respecto de la entrega de la ciudad. En la alocucion que al presentarse le dirigió uno de los de la comision, le dijo que, «si como era de suponerse, estaba poseido de un verdadero y ardiente amor por su patria, no extrañaria que el primer sentimiento que la municipalidad de Puebla al dirigirse á él, fuera manifestar un profundo pesar por la necesidad inevitable en que se hallaba de arreglar con el enemigo de su nacion, los términos menos opróbiosos para la ocupacion de la capital de aquel Estado por las fuerzas norte-americanas: que se consolaba, sin embargo, con la idea de que